

Entre las Escuelas Normales Rurales y el Politécnico



Jaime Augusto Shelley

Fotografía: Alejandro Arteaga

EN LOS TIEMPOS DE DON PORFIRIO se estableció un programa de incorporación de los “indios” al mundo occidental. Desde la Conquista, de hecho, los invasores habían procurado atraer, primero, a los hijos de los caciques a sus centros de enseñanza, tanto del idioma español como de la nueva religión, programa que fueron ampliando a mayores núcleos de población.

Para la época posrevolucionaria, con Obregón como presidente, Vasconcelos inicia las misiones, brigadas de alfabetización más ambiciosas y estructuradas que hubieron de enfrentar la furia de los Cristeros que los veían como rojillos y ateos, por lo que les mandaban cortar la lengua y las orejas o, simplemente, los asesinaban.

Sin embargo, para 1930, en el país la mayor parte de la población no hablaba español (analfabetas se les llamaba) ni sabía leer o escribir en esa lengua. Tenían, se reconoce ahora, una rica y diversa cultura en sus propias lenguas, según su etnia y región, que desafiaba, disimuladamente, la dominación persistente de los blancos, como hasta la fecha, al continuar con sus ritos y tradiciones.

Era indispensable para las clases en el poder romper ese cerco cultural e integrar a la economía capitalista a ese enorme mercado potencial que se manejaba, en la mayoría de los casos, en términos de autosuficiencia y trueque. México era un país fundamentalmente de economía agraria comunitaria y ejidal.

Las campañas de alfabetización masivas, la creación del Instituto Indigenista, la exaltación del glorioso pasado indígena, toda esa sarta de trampas engañosas se fueron sucediendo, así como la consolidación de las escuelas rurales (1922) que, necesariamente, habrían de ser bilingües. Y hubo que establecer, por lo mismo, una red de Escuelas Normales Rurales, con maestros que aceptaran las condiciones muy precarias del caso, ya que un maestro egresado de una Normal citadina difícilmente optaría por irse a un poblado remoto y

en condiciones laborables por demás insuficientes e inaceptables. La solución fue llevar a los jóvenes de la región a cumplir con esa misión. Unas más pobres que las otras, con buenos tiempos y otros en muy malas condiciones, siempre con presupuestos miserables, las escuelas fueron cumpliendo su función de “desindianizar”, en lo posible, a sus compatriotas, política que se vio gradual pero sistemáticamente acompañada de despojos de tierra a las comunidades, persecución de sujetos defensores de sus comunidades, tala inmisericorde de bosques, robo de aguas comunales, envenenamiento de suelos por residuos y todo lo que ahora, ya legalmente, se les ocurra a los neocolonizadores.

Pero no todo han sido malas noticias. De uno de esos centros educativos emergió una figura de gran influencia en la segunda mitad del siglo pasado: el profesor Carlos Hank González quien, como miembro importante del llamado “grupo Atlacomulco”, siguió los pasos de su modelo don Alfredo del Mazo (el original, no ese que ronda los vestíbulos del poder todavía con esperanzas de morder algún hueso sobrante).

Don Alfredo inauguró —bueno, después de Miguel Alemán, pero qué chiste, éste era Presidente— la condición de político empresario o, si se prefiere, la de empresario político. La fortuna de Carlos Hank, cuantiosa, incalculable para esos tiempos al menos, se hace a la sombra del poder, del que él, hombre carismático y emprendedor, sabe arrancar migajas y repartir entre sus favorecidos o favorecedores. A su tiempo vendrían los años del auge petrolero y su infame secuela de despojo y robo desmedido (ya calculados en dólares) que nos deja hoy con inmensos depósitos de hidrocarburos vacíos y enormes deudas del Estado.

Otro distinguido egresado de una Rural es el profesor Enrique Olivares Santana, Gobernador de Aguascalientes y luego Secretario de Gobernación, persona más modesta o menos hábil en el manejo empresarial. Un día, juntó sus haberes y desapareció de la escena con

gran discreción, y habrá ido a parar con sus ahorros a alguna costa del Mediterráneo, a vivir en paz, después de los agobios que sufrió en bien de la Patria.

Los polos opuestos, ya es sabido, son los maestros guerrilleros, asesinados por el Ejército entre otros muchos: líderes campesinos, comunales, estudiantes y mujeres —muchas mujeres— desde hace más de cincuenta años.

¿Sorprende a algunos ciudadanos la muerte (casi segura y sin duda brutal) de los jóvenes de Ayotzinapa?

¿Asusta el grado de descomposición social que vive México en todos los órdenes?

Si buscan una respuesta, ésta es sencilla. Se llama ignorancia, complicidad, oportunismo, clasismo, racismo, afán desmedido de lucro.

Hay muchas fosas aún sin abrir. Y todos somos cómplices de esos miles y miles de cadáveres arrojados en ellas. Hoy es más claro que nunca: somos dos Méxicos y somos antagónicos, el mayoritario de pobres y el de la élite dominante y sus lacayos.

El IPN y la mesa de monólogos con eco

Un atisbo de esperanza ha resultado ver a los jóvenes politécnicos enfrentar, con reciedumbre, a los funcionarios menores o semijubilado, que el “pobre” Secretario de Educación Pública, Emilio Chuayfett, ha enviado en su representación (¿O a su representación?).

Es indudable que la razón obra a favor de los estudiantes. Sus exigencias son claras y puntuales. Algunas de ellas:

No ser engullidos por los oligarcas y sus planes de control de la enseñanza *american way* al servicio de las empresas, monopólicas y transnacionales, ávidas de emplearlos en trabajos de poca monta profesional y con bajos salarios.

No lo dicen, o no lo saben decir, no dejar que el pomposo programa llamado Instituto Tecnológico Nacional les vaya restando pre-eminencia, arrinconando con programas y presupuesto menores, en un proyecto

implantado por Mexicanos Primero (Televisa) para hacer egresar personal técnico que carece de horizonte profesional y que seguramente habrá de trabajar “por honorarios”, es decir sin prestaciones, en la mayoría de los casos.

La mesa de negociaciones ha sido de carácter hipócrita, con monólogos de una parte y la otra, con frases convencionales de supuesto respeto y cuidado de no ofender a la contraparte, con una tendencia a reiterar machaconamente los puntos tratados y con manipulaciones verbales por parte de los funcionarios y una carencia total de experiencia política y verbal por parte de los estudiantes, misma que se refleja en su poca agilidad mental en la confrontación con los dinosaurios.

Un punto de la mayor importancia ha sido la designación del Director General, tema que los miembros del Gobierno Federal insisten en establecer paralelo al regreso a clases. Tienen razón los estudiantes, excepto en la puntualización de que se trataría de un Director General “provisional”, sólo en funciones para desahogar cuestiones administrativas inmediatas y para organizar el Congreso que cambiará la vida e historia del Instituto Politécnico Nacional. Ese Congreso sería el que nombrará, por primera vez, a su Director General, hasta hoy decisión exclusiva del Presidente de la República.

Una mayoría de edad para el IPN. Ya se la merecía.

Acabar con el paro —o ya de plano huelga— como condición insoslayable para designar el nuevo Director. Es decir, acabar con la movilización y empezar un juego, el mismo de siempre, de intentar cooptar, comprar, presionar a los que serían miembros de ese Congreso (que puede tomar meses o años en concretarse como realidad), o sea, maestros, funcionarios, sindicato y —dada esa composición de participantes— los estudiantes, en minoría, dejando “para más tarde” resolver las peticiones del pliego que llevó a la suspensión de actividades.

¿Caerán los estudiantes en la trampa? Escribo esto al finalizar la tercera reunión. Ignoro el desenlace. 